

Simmel. Del concepto de vida. A la comprensión de su contemporaneidad.

Diego Ezequiel Litvinoff.

Cita:

Diego Ezequiel Litvinoff (2007). *Simmel. Del concepto de vida. A la comprensión de su contemporaneidad. VII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-106/139>

SIMMEL. DEL CONCEPTO DE VIDA A LA COMPRESIÓN DE SU CONTEMPORANEIDAD

Diego Ezequiel Litvinoff
Facultad de Sociología
Universidad de Buenos Aires
diegolitvinoff@yahoo.com.ar

La palabra clásico deriva del latín *clasicus* que significa “de primera clase”¹. Esta categoría tiene un significado similar cuando se habla de los autores de una determinada disciplina, en este caso de la sociología. Para que determinados autores puedan ser catalogados como *de primera clase*, hace falta que sus teorías sean permanentemente revisadas, interpretadas y actualizadas. Decir que un autor es un clásico significa, entonces, dar cuenta de que sus teorías permanecen vivas. Lo que han escrito todavía puede dar cuenta de los sucesos actuales y por lo tanto se establece un diálogo permanente entre sus dichos, los acontecimientos presentes y los nuevos enfoques teóricos. La determinación de cuáles autores serán considerados clásicos corresponde a la generación de investigadores de cada época; sin embargo, ésta no es una decisión voluntaria y racional, sino que emerge del propio proceso de investigación en el cual determinadas problemáticas exigen recurrir a aquellos autores que de esta forma se irán estableciendo como clásicos.

El peligro de olvidar a los clásicos ante la emergencia de la ciencia de manual es tan grave como el peligro de cristalizar las teorías de esos autores en una ortodoxia que poco tiene que ver con el propio progreso teórico del que ellos forman parte. Es por eso que el diálogo debe ser permanente y para ello la relectura de sus escritos se convierte en una exigencia para cualquier investigador. Todo autor despliega en su obra tanto elementos específicos de aquello que está estudiando, como elementos que trascienden lo estudiado y se convierten en su enfoque particular. La relación que se establece entre estos dos tipos de elementos son las que se deben revisar en cada uno de esos autores y es lo que me propongo hacer en este caso específico con los escritos de Simmel.

El hecho de que la pertenencia de Simmel a la categoría de clásico de la sociología no esté del todo aceptada por la totalidad de la comunidad académica se traduce en que los escritos que se hicieron en torno a su desarrollo teórico no hayan sido tan extensos como los que merecieron otros autores de esta disciplina. A su vez, la amplitud de sus escritos, que van desde la filosofía hasta las teorías de estética, pasando por la sociología y la psicología, ha significado que se hayan tomado sus postulados desde diversos ángulos traicionando, en la mayoría de las veces, sus ideas principales.

Con el presente trabajo me propongo dar cuenta de que no existe un Simmel sociólogo, otro filósofo, otro psicólogo, etc. Por el contrario, su obra goza de una unidad que se fundamenta desde sus postulados más abstractos pero que se manifiesta en cada uno de sus análisis más específicos. Ignorar esta conexión intrínseca ha sido motivo de las malas interpretaciones tanto de

aquellos que las postulaban como de la mayoría de sus detractores. Demostrar que la ambición de Simmel por entender su contemporaneidad en los elementos más superficiales parte desde una mirada profunda significa actualizar su teoría y se fundamenta en la capacidad que el autor posee para dialogar con las nuevas generaciones de sociólogos, para poder brindar elementos que permitan explicar nuestra propia vida y de esta manera mantener viva su teoría. Simmel merece figurar entre los autores considerados de primera clase.

Se desarrollarán las siguientes temáticas:

- 1) Simmel como filósofo de la vida.
- 2) Lenguaje, música y vida humana.
- 3) Vida como flujo.
- 4) Vida y forma: la cultura.
- 5) Los límites y el ejemplo de “El Bien”.
- 6) La tragedia de la cultura.
- 7) El problema de la significación y la concepción histórica.
- 8) Vida moderna y siglo XX.
- 9) Del desafío a la forma, a la cultura de masas.
- 10) Imitación y diferenciación en la moda.
- 11) Grandes urbes y “comprensión” de la vida actual.

Cuando Simmel se refiere a la filosofía de su época, la describe como “Filosofía de la vida”. Tomando como referentes a Nietzsche y Schopenhauer señala cómo, a pesar de las diferencias en cuanto al contenido de su pensamiento, ambos pensadores comparten aquello gracias a lo cual se los puede definir como exponentes de aquella forma.

“...sólo pueden preguntar por el conocimiento y la moral, por el Yo y la razón, por la felicidad y el sufrimiento, por el arte y dios después de haber solucionado aquel primer enigma, y su solución decide todo esto...”². Aquel enigma es la vida.

Las cualidades que Simmel destaca en los exponentes de la filosofía que le era contemporánea, bien cabría atribuírselas a él mismo. Simmel es un filósofo de la vida. Mientras que por un lado el concepto de *vida* aparece como supuesto metafísico, ahondando por debajo de los conocimientos concretos, por otro lado ese mismo concepto se sitúa al mismo tiempo por encima de ellos, completando el carácter inevitablemente fragmentario de cualquier conocimiento. Respondiendo primero a la pregunta sobre qué es la vida, es que se enfrenta a todas aquellas problemáticas que decide abordar; pero al mismo tiempo cada uno de sus escritos se orienta a responder aquella pregunta. Abordar sus objetos desde el supuesto de la vida, y al mismo tiempo percibirlos como manifestaciones de la vida, es lo que se esconde detrás de su vasta obra.

La vida, según Simmel, no se compone de la suma de instantes vitales; ni siquiera consiste en algo que sea de un orden superior a aquella sumatoria;

Simmel no considera correcto una separación del todo y las partes. La vida es una unidad que se manifiesta en su totalidad en cada momento.

“...es una unidad en sí; pero una unidad que se manifiesta en cada instante como siendo total...”³

Antes de continuar conviene hacer una aclaración. Es cierto que se puede reconocer en Simmel una lectura detallada de la obra de Darwin y otros filósofos evolucionistas. Sin embargo es claro que cuando Simmel habla de *vida*, se refiere a la vida humana. En cierto sentido, ésta contiene elementos que comparte con todos los demás organismos vivos. Ahora bien, lo que a Simmel le interesa, además de esto, son las especificidades de la vida del hombre, entendidas no como una continuidad de su animalidad, sino como características que le son propias. Esto se hace claro en la discusión que mantiene con Darwin respecto del origen de la música. Darwin señala coincidencias entre el desarrollo del canto en el hombre y el canto de los pájaros. Simmel critica esta hipótesis. El desarrollo del lenguaje implica un salto del animal al hombre. Tanto la música como el lenguaje intelectual, proceden de un mismo origen: el lenguaje humano, producto de una tendencia solamente humana que consiste en una dirección constante a la exteriorización. El desarrollo los irá bifurcando uno hacia la comunicación más ligada a la expresión emocional, otro hacia la precisión intelectual, pero ambos en referencia a una especificidad humana.

“...la tendencia humana hacia la exteriorización, hacia la compensación de los afectos internos a través de la moción externa [...] encuentra en el lenguaje formas [...] adecuadas [...] Y ese puente del lenguaje que conduce del animal al hombre, no puede volverse a traspasar...”⁴

La metáfora utilizada resulta crucial dado que para Simmel “el puente simboliza la extensión de nuestra esfera de voluntad sobre el espacio”⁵. Aquí, como en el desarrollo del lenguaje, se puede apreciar que se repite aquella tendencia humana a la exteriorización. Lo que allí consiste en un dominio exterior de emociones internas que se materializan en lenguaje, aquí aparece como un dominio sobre el espacio físico. Se puede apreciar cómo la vida humana se caracteriza por un continuo movimiento. Esta es una característica distintiva que se suma al carácter de unidad ya mencionado. Esto no constituye una contradicción, aunque se puede manifestar como una paradoja conceptual; la vida en tanto fluye, para ser vida debe ser siempre más vida, y en esto se constituye su unidad.

“...la vida –como fenómeno cósmico, genérico o singular– es un continuo fluir...”⁶

Ahora bien, el fluir constante de la vida no es de carácter libre o aleatorio. El hecho de que exista movimiento, supone una referencia a la posición. Moverse significa un cambio en la posición actual. La posición implica ubicarse siempre entre dos límites. La condición humana con su tendencia a la exteriorización llevará esos límites hacia formas objetivadas. Aquí surge la especificidad humana, la escisión sujeto-objeto, que comienza con el lenguaje, pero se

expresa en toda la producción cultural. La exteriorización del contenido de la vida es la cultura. El movimiento constante significa superar siempre los propios límites y en cuanto a la historia humana, supone un avance cultural.

La vida entra entonces en tensión con sus propias exteriorizaciones. La vida es un constante fluir, pero para hacerlo debe exteriorizarse, debe adquirir una forma. Para ser más vida, debe ser al mismo tiempo más-que-vida. La *forma* en la que se realiza la vida posee un carácter fijo, que contradice la fluidez vital. Por lo tanto la vida, para continuar su ritmo vital, necesita romper con la forma, extendiendo cada vez más sus límites.

“...el hombre como ser moral [es] el ser limitado que no tiene límites...”⁷

Cuando se habla de que algo se encuentra entre dos límites, en realidad aquello de lo que se habla es lo que se constituye como límite entre los dos primeros. Si a la letra A la ubicamos entre los límites 1 y 2, es la letra A el propio límite, la frontera que separa a los números 1 y 2.

1A2

La frontera se constituye como un punto siempre inalcanzable al que tienden ambos límites. Esta primer imagen lineal que parece adquirir la vida para Simmel, se debe reformular, en realidad, en una imagen circular. Para ello nos valdremos del ejemplo del caso del límite del bien y del mal, que nos servirá para aplicarlo luego a la vida en general. Los límites, en este caso el bien y el mal, son en realidad variaciones entre una escala del bien. Se pueden traducir en valores que se ubican más cerca del ideal del bien (lo que sería el límite del bien) o más lejos de ese ideal (lo que sería el límite del mal). Tenemos entonces en lugar de bien y mal, “más bien” y “menos bien”, cada uno en relación a “El Bien”. “El Bien” se constituye en el núcleo inalcanzable. Este esquema representa la unidad de la vida. Es equivalente a “una foto”, dado que en realidad, se encuentra en constante movimiento. Sin embargo, sirve para mostrar cómo a medida que se desarrolla la cultura, la misma entra en contraposición con el ritmo vital, impidiendo su movimiento, encerrándolo y escindiéndose.

G01

“...Así como hay un concepto amplísimo del bien que abarca el bien y el mal en su sentido relativo [...] la vida en sentido absoluto es algo que se encierra a sí misma en sentido relativo y a su antítesis [...] de ahí que la trascendencia de sí misma aparezca como el acto unitario del establecimiento y ruptura de sus trabas...”⁸

Al aplicar el esquema del ejemplo a la vida en general, nos encontramos con que el núcleo que constituye la vida se encuentra siempre rompiendo los límites relativos que la encierran. Los límites son la cultura humana, exteriorizaciones del núcleo vital, que el mismo proceso de la vida rompe, pero sólo creando nuevos límites. Esto sucede en tanto la cultura regresa al contenido de la vida en un sentido práctico, guardando una relación directa con

ella, y por lo tanto encontrándose continuamente en flujo. Un ejemplo que se puede dar de aquello lo constituye la técnica. El hombre se apropia de objetos de la naturaleza y los modifica extendiendo su dominio sobre el mundo natural y exteriorizando de esta forma su espíritu en esos objetos. Por ejemplo una rama que se afila y se usa para cavar un pozo. En progresivo diálogo con la vida, aquel objeto se transformará, luego de muchos progresos, en una pala. De esta manera la cultura se caracteriza por ser un proceso de desarrollo continuo. En cuanto a la ruptura de los límites, ésta puede darse a partir de cambios paulatinos, pero también de manera abrupta. El ejemplo que Simmel utiliza en estos casos lo toma de la obra de Marx. Las fuerzas productivas de cada época se corresponden con una determinada forma de producción. Pero al mismo tiempo en su seno crecen nuevas fuerzas productivas que no pueden realizarse en esa determinada forma y terminan engendrando nuevas formas de producción. Aquí se da un caso en el que los cambios se pueden establecer de manera abrupta y revolucionaria, como lo es la revolución proletaria. El desarrollo de la vida exige que la misma se exteriorice en determinadas formas, éstas entran en contradicción con el ritmo vital, en tanto que la vida debe romper esas formas para continuar en movimiento. Pero sólo puede hacerlo exteriorizándose en formas distintas.

Ahora bien, este proceso de creciente desarrollo cultural trae como consecuencia que en la medida en que se eleva la cultura, la misma pierde cada vez más aquella relación directa con la vida como tal. El desarrollo de la cultura, la ruptura de las formas en las que se exterioriza el proceso vital como condición de vida, contiene en sí mismo la paradoja de que la cultura cada vez se aleja más de ese proceso de vida. El círculo se agranda cada vez más y aquello que la ligaba a la vida de manera directa, se encuentra cada vez más alejado. La cultura encierra en su propio desarrollo su propia destrucción, esto es la tragedia de la cultura.

“...toda elevación de la cultura humana consiste en que, a medida que esta crece, necesitamos ir a nuestros fines por caminos cada vez más complicados [...] El hombre es el ser indirecto y esto tanto más cuanto más cultivado se encuentre...”⁹

Este progreso cultural, en la medida que adquiere un nivel de desarrollo que supera ciertos límites, enfrenta al hombre con “el problema de la significación y el objeto del conjunto”¹⁰. Simmel sostiene que por primera vez en la historia esto se hizo presente en la cultura greco-romana. La solución a este conflicto supone una resignificación del contenido de la vida que necesita reorientarse a partir de un nuevo absoluto que englobe todo el desarrollo cultural. El contenido de la vida se determina históricamente. El núcleo es el absoluto que corresponde a cada época, lo que Simmel llama también Dios oculto, o más precisamente concepción del mundo. Resulta útil ejemplificar este caso refiriéndonos al período histórico de la Edad Media. En este período, el núcleo lo constituye el Dios de la religión cristiana. Todo tendía a Él, sin embargo el paraíso prometido era algo inalcanzable a lo largo de la vida. Pero a su vez, la medida de valor implicaba un acercarse más o acercarse menos a ese ideal absoluto. Con referencia al gráfico del ejemplo del caso del Bien, en el centro

se ubica el ideal de Dios, y arriba y abajo un estar más cerca y más lejos de ese ideal.

El pensamiento histórico no convierte a Simmel en historiador, sino que le proporciona elementos para fundamentar la especificidad de la vida moderna. Simmel es un pensador moderno porque escribe en la modernidad y sobre la modernidad. Su concepto de *vida* imbuirá las problemáticas que giran en torno a los asuntos de la época en la que vive. La individualidad de la vida actual será captada desde su perspectiva intelectual.

“...la idea del más allá, daba lugar a que se cerrara la frontera en que la vida quedaba aprisionada haciéndosela girar en su propia órbita sin posibilidad de salir de ella...”¹¹

La misma idea del más allá, si bien resolvió durante mucho tiempo el problema de la significación, trajo consigo su propia tragedia. La Ilustración rompió con aquel absoluto religioso. La modernidad supone un nuevo período histórico. El desarrollo cultural ya no podía ser determinado por aquel ideal. Distintas esferas se desplegaban “independizándose” del sustrato religioso y determinándose a sí mismas en torno a su propio eje. La cultura, siempre objetiva, se cosifica en tanto se aleja del núcleo central y establece su propio ámbito de acción, con sus propias reglas, valores, objetivos y determinaciones. Es así como la modernidad se caracteriza por la aparición de distintas esferas o mundos.

Ahora bien, estos mundos, por ejemplo el arte, la religión, el derecho, el conocimiento científico, carecen de relación directa con la vida. El mundo del conocimiento no implica solucionar problemas vitales, sino que sigue su progreso de manera independiente y autónoma. Distintas ideas del valor absoluto se pusieron en el lugar del Dios cristiano desde entonces. Simmel se refiere por ejemplo a la idea de felicidad humana en el siglo XVIII, o a la idea de sociedad en el siglo XIX. En el último caso, todas aquellas esferas se comprendían como determinadas por una realidad supra-individual llamada “sociedad”.

El siglo XX significa un cambio profundo con respecto a todos los períodos anteriores. La pregunta que surge aquí es cuál es el núcleo vital en esta época; qué se constituye como la concepción del mundo en una época donde existen diversos mundos y donde no hay una unidad religiosa, o de otra especie. La respuesta a este asunto la encuentra Simmel en la propia filosofía de la vida. Y es aquí donde volvemos al principio de este trabajo. Los filósofos contemporáneos intentan restablecer el concepto de vida como un concepto central. La vida vuelve a aparecer como el núcleo central del devenir humano.

“...Sólo a principio del siglo 20 [...] el concepto de la vida se empeña por alcanzar su posición central, en la que la realidad y los valores [...] tienen su punto de partida y su coincidencia...”¹²

De modo que el gráfico (la foto) que corresponde a la vida a principios del siglo XX es el que se puede observar en el Gráfico 2 (hay un resumen en la cantidad de esferas).

G02

La separación creciente de las esferas anula el valor absoluto y coloca nuevamente a la vida en oposición a las formas que adquiere la cultura. En tanto los mundos se independizan crecientemente adquiriendo valores propios más allá de la religión, de la naturaleza, de la razón, de la felicidad o de la sociedad, lo que aparece en oposición a ellos es la vida misma. Es decir, su desarrollo se opone al propio proceso de la vida. La encierran, cosificándose y desarrollándose de manera autónoma. Sin embargo, como todo desarrollo cultural, posee un carácter trágico. Su desarrollo conlleva a una creciente escisión del ritmo vital, pero para continuar con su ritmo, la vida debe romper esas formas. El siglo XX se caracteriza, entonces, por una lucha feroz entre las formas autonomizadas y la vida que pretende continuar su ritmo oponiéndose a toda forma. Esta oposición, que generalmente se resuelve con el surgimiento de nuevas formas, adquiere en este período un carácter especial. En tanto la lucha es directa entre la vida en su sentido más propio y la forma en su estado de autonomía máximo, la vida rechaza todo tipo de forma y lleva al paroxismo su pretensión de movilidad.

“...la diferencia decisiva de todo el anterior proceso cultural, en el que siempre el anhelo por una nueva forma destruyó la vieja; mientras que ahora podemos percibir como último móvil [...] la aversión contra el principio de forma en general...”¹³

Simmel nos ofrece varios ejemplos en esta dirección. En el ámbito del arte se da el caso del expresionismo, donde lo que aparece pintado en el cuadro no responde a criterios de belleza o formas determinadas artísticas, sino que emerge en él la subjetividad, la vida propia del pintor reflejada en el cuadro. Como antecedente ubica a los cuadros de Van Gogh y, como punto cúlmine, el arte abstracto que desafía todo tipo de forma.

“...la categoría arte pertenece a una época de la humanidad próxima a expirar...”¹⁴

La lucha de la vida en cada una de las esferas, se podría entonces graficar como lo muestra el Gráfico 3.

G03

Sin embargo no se puede hablar de un triunfo de la vida sobre las formas, en la cultura del siglo XX. La cultura lleva consigo su propia tragedia. La pregunta que surge es cómo se presenta la tragedia en la cultura contemporánea, aquella que mayor resistencia ofrece a las formas.

La vida se enfrenta a las formas cosificadas en mundos autónomos, emergiendo no ya bajo formas nuevas que pretenden suplantar formas viejas,

sino como negación de todo tipo de forma. El comienzo de esto lo señalamos en el expresionismo, donde la subjetividad del pintor era la que se expresaba en el cuadro, desafiando el principio de toda forma artística. Sin embargo, este proceso, que comienza con el desafío de determinados individuos al principio de la forma, se extenderá paulatinamente hacia el resto.

En la medida en que este proceso avanza y la vida se impone por sobre la forma, pierde autonomía cada mundo y por lo tanto pierden vigencia sus criterios de valor. Lo artísticamente correcto, por ejemplo, deja de tener sus propias normas y toda expresión de la vida de un individuo puede ser catalogada de artística. Ya no hay un criterio unificador, ya no hay formas de validez. Cada individuo posee la capacidad de generar cultura. Cada individuo exige ser considerado como exponente de la cultura.

“...Puesto que la cultura no posee para sus contenidos ninguna unidad de forma concreta, sino que, más bien, cada creador coloca su producto junto al del otro como en un espacio sin fronteras, por ello crece aquella masificación de cosas, cada una de las cuales tiene con un cierto derecho la pretensión de ser considerada valor cultural...”¹⁵

Lo que sucede entonces es que aparece un quantum, que deviene quale. Aparece entonces la cultura de masas. Todo ese cuerpo de producción cultural en principio informe se objetiva bajo la forma de una masa. La cultura de masas, característica del siglo XX, es la forma en la que se expresa la vida en este tiempo. Es el resultado de un proceso histórico, de una concepción de mundo determinada, de una lucha entre la vida y la forma para expresión de su unidad.

“...la preponderancia del objeto sobre el sujeto, realizada en general por el transcurso del mundo [...] se torna de nuevo apreciable en el marco de ésta en virtud de la ausencia de fronteras del espíritu objetivo...”¹⁶

La cultura de masas, al no tener un criterio unificado de valoración y en la que todo es válido, encuentra su fundamento en su carácter general. Es válido en tanto englobe al total de individuos que la compone. El asunto es que las características que poseen todos los individuos, serán las que posean aquellos cuyo desarrollo cultural sea el más pobre.

El resultado es que esta cultura de masas aparece oprimiendo el desarrollo distintivo de la individualidad que queda subyugada a la colectividad.

G04

“...lo que es común a todos, sólo puede ser posesión del que menos posee...”¹⁷

El conflicto en la cultura del siglo XX se expresa entonces como un conflicto entre individuo y masa. Esta lucha no es para nada una novedad histórica, si bien las dimensiones y las características que adquiere en la actualidad le son particulares. Como ya se mencionó, Simmel no entiende la “sociedad” como una entidad supra-individual, concepción que considera propia del siglo

anterior y ya caduca. Simmel prefiere hablar de socialización antes que de “sociedad”. Este proceso se entiende entonces como un acto. La socialización, para *ser*, se tiene que *hacer*. Esta acción se refiere a la interacción anímica entre los individuos.

“...no habría que hablar de sociedad, sino de socialización. Sociedad sería entonces sólo el nombre de un entorno de individuos que están ligados entre ellos por los efectos de estas relaciones recíprocas...”¹⁸

Estas relaciones recíprocas se caracterizan por estar condicionadas por una doble tendencia en aquellos que forman parte de la interacción. Por una lado, la tendencia a imitar, que le proporciona al individuo la seguridad de no encontrarse solo en sus propios actos; y por el otro lado, aparece también la tendencia a la diferenciación, a destacarse del resto de los individuos. Es entonces que aparecen determinadas instituciones donde esta lucha se resuelve de manera que ambas tendencias adquieran la forma de cooperación. La moda es una de esas instituciones.

Resulta destacable entonces, y se encuentra en relación directa con las características que adquiere la cultura actual, el hecho de que la moda adquiera cada vez más relevancia.

“...El predominio que la moda adquiere en la cultura actual –penetrando en territorios hasta ahora intactos, y en los ya poseídos intensificándose, es decir, intensificando el *tempo* de su variación– es puramente concreción de un rasgo psicológico propio a nuestra edad...”¹⁹

El avance vertiginoso de la cultura de masas, convirtiendo rápidamente la moda en adquisiciones del total de las personas, grupos y clases, realiza de manera característicamente rápida el carácter trágico que posee la moda. Esto quiere decir que en tanto se expande en dirección a su realización, siguiendo su curso por una mayor cantidad de individuos, pierde su carácter de distinción, persistiendo solamente su faceta imitativa, lo que la lleva a su propia desaparición y la necesidad de que surja una nueva moda.

Aún así, cuando pareciera que la moda absorbe al individuo en su totalidad, cuando se pudiera suponer que finalmente el individuo se pierde en la cultura de masas, cuando ya no queda lugar para realizar la individualidad, Simmel señala una posible salida a este encierro. La moda puede ser entendida como dominante solamente en los sectores más exteriores de la vida, liberando de esta manera la intimidad del individuo. La moda se configura entonces como una *máscara*, detrás de la cual el individuo puede realizarse en su máxima libertad.

Un proceso similar se puede observar en la vida en general, tal y como se despliega en las grandes urbes del siglo XX. Allí donde la indolencia, la racionalidad calculadora y la indiferencia parecen dominar las relaciones entre los individuos; donde el dinero, con su poder de equilibrar uniformemente todas las diversidades, aparece en su máximo desarrollo; paralelamente surge un espacio para la libertad individual nunca antes experimentado.

“...el urbanita es *libre* en contraposición con las pequeñeces y prejuicios que comprimen al habitante de la pequeña ciudad...”²⁰

La época actual se caracteriza entonces porque esa lucha entre individuo y masa llega a su punto extremo, generando por un lado una vertiginosa cultura de masas y por el otro un individuo que deviene cada vez más libre, aunque de ninguna manera esa libertad debe traducirse como un mayor bienestar. Este análisis que hace Simmel de su contemporaneidad nace de su concepto de *vida*. Los resultados pueden observarse desde una óptica crítica, pero también desde un cierto optimismo. La vida, para ser vida, siempre superará las formas y aunque haciéndolo necesite crear nuevas formas, el cambio siempre aparece en su horizonte. De cualquier manera, estas consideraciones de valor corresponden a otro trabajo, dado que aquí el objetivo fue desplegar el pensamiento de Simmel cuyas pretensiones no han sido emitir juicios sobre su contemporáneos, sino que su mirada se orientó siempre a intentar comprenderlos.

“...En tanto que tales fuerzas han quedado adheridas tanto en la raíz como en la cresta de toda vida histórica, a la que nosotros pertenecemos en la efímera existencia de una célula, en esta medida, nuestra tarea no es acusar o perdonar, sino tan solo comprender...”²¹

Bibliografía

Corominas, J. (1976). *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Madrid: Editorial Gredos.

Simmel, G. (2002). *Cuestiones fundamentales de sociología*. Barcelona: Gedisa.

___. (1923). *El conflicto de la cultura moderna*. Córdoba: Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba.

___. (1988). Las grandes urbes y la vida del espíritu. En Península Editores, *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura* (pp. 247-261). Barcelona: Península.

___. (1986). Puente y Puerta. En Península Editores, *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura* (pp. 29-34). Barcelona: Península.

___. (2003). *Estudios Psicológicos y Etnológicos sobre música*. Buenos Aires: Gorla.

___. (1938). Filosofía de la moda. En Espasa Calpe Editores, *Cultura femenina* (pp. 133-172). Buenos Aires, Espasa Calpe.

___. (2002). *Intuiciones de la vida. Cuatro capítulos de metafísica*. Buenos Aires: Altamira.

___. (2003). *Rembrandt, ensayo de filosofía de arte*. Buenos Aires: Prometeo Libros.

___. (1950). *Schopenhauer y Nietzsche*, Buenos Aires: Anaconda.

___. (1988). El concepto y la tragedia de la cultura. En Península Editores, *Sobre la aventura. Ensayos filosóficos* (pp. 317-361). Barcelona: Península.

-
- ¹ J. Corominas, *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, Madrid, Editorial Gredos, 1976, p.153.
- ² G. Simmel, *El conflicto de la cultura moderna*, Córdoba, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba, 1923, p.16.
- ³ G. Simmel, *Rembrandt, ensayo de filosofía de arte*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2003, p.18.
- ⁴ G. Simmel, *Estudios Psicológicos y Etnológicos sobre música*, Buenos Aires, Gorla, 2003, p.22.
- ⁵ G. Simmel, “Puente y Puerta”, en *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*, Barcelona, Península, 1986, p.30.
- ⁶ G. Simmel, *Intuiciones de la vida. Cuatro capítulos de metafísica*, Buenos Aires, Altamira, 2002, p.25.
- ⁷ *Ibíd.*, p.19.
- ⁸ *Ibíd.*, p.27.
- ⁹ G. Simmel, *Schopenhauer y Nietzsche*, Buenos Aires, Anaconda, 1950, p.21.
- ¹⁰ *Ibíd.*, p.22.
- ¹¹ G. Simmel, *Intuiciones de la vida. Cuatro capítulos de metafísica*, Buenos Aires, Altamira, 2002, p.31.
- ¹² G. Simmel, *El conflicto de la cultura moderna*, Córdoba, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba, 1923, p.15.
- ¹³ *Ibíd.*, p.17.
- ¹⁴ G. Simmel, *Intuiciones de la vida. Cuatro capítulos de metafísica*, Buenos Aires, Altamira, 2002, p.38.
- ¹⁵ G. Simmel, “El concepto y la tragedia de la cultura”, en *Sobre la aventura. Ensayos filosóficos*, Barcelona, Península, 1988, p.359.
- ¹⁶ *Ibíd.*, p.360.
- ¹⁷ G. Simmel, *Cuestiones fundamentales de sociología*, Barcelona, Gedisa, 2002, p.73.
- ¹⁸ *Ibíd.*, p.33.
- ¹⁹ G. Simmel, “Filosofía de la moda”, en *Cultura femenina*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1938, p.147.
- ²⁰ G. Simmel, “Las grandes urbes y la vida del espíritu”, en *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*, Barcelona, Península, 1988, p.256.
- ²¹ *Ibíd.*, p.261.